

Probablemente Luis XIV no se entretuvo en meditar sobre esos proyectos, pues los asuntos de comercio parecíanle de orden inferior, y la guerra marítima, cosa bastante mediocre. En Francia habíanse acostumbrado á luchar en tierra firme, en las fronteras del Norte, del Este, y del Sur, y el rey, durante su infancia y su juventud había recibido cada año de sus ejércitos correos que le llevaban noticias de sitios y de batallas y había hecho sus primeras armas en Champaña y en los Países Bajos. Mazarino no le hablaba de marina, porque ya no la había, y por otra parte todo el mundo en Francia consideraba á España como la enemiga necesaria: «El estado de las coronas de Francia y de España, escribe Luis XIV en sus Memorias, es tal en la actualidad y desde hace mucho tiempo, que no es posible levantar la una sin rebajar la otra, y esto crea entre ellas unos celos que, si me atreviera, diría que son algo esencial, y una enemistad permanente.» «Esta enemistad, añade, es un principio natural.»

Por lo demás, Luis XIV tenía muchas y buenas razones para seguir buscando en tierra y á costa de España el engrandecimiento de Francia: la frontera septentrional estaba todavía demasiado cerca de París; la Lorena, aliada de España, y el Franco-Condado, que continuaba siendo español, interceptaban las comunicaciones entre el reino y la Alsacia; y finalmente la reina era, ó cuando menos podía pretender serlo, la heredera de la monarquía española, y el contrato de matrimonio de 1659 constituía un título del que forzosamente quería servirse el rey en la primera ocasión (1).

Luis XIV será, por consiguiente, un continuador; pero ¿en qué estado de ánimo lo será?

La política francesa había sido dirigida hasta entonces con extremada prudencia. Richelieu había iniciado la lucha contra el Austria en el momento preciso en que Suecia, las Provincias Unidas y los príncipes del Imperio más necesitaban ser socorridos. «El rey de Francia, escribe lord Bolingbroke, pareció ser el amigo común de la libertad y su defensor en los Países Bajos contra el rey de España y en Alemania contra el emperador.» En las negociaciones de Westfalia, Francia había «aparentado mostrarse imparcial á los protestantes y á los católicos y no tomar con empeño otro interés que el interés común del cuerpo germánico.» Y sin embargo,

XVIII^o siècles, Paris, 1872-73, 3 vol. Véanse también, Masson, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVII^e siècle*, Paris, 1897, é *Histoire des établissements et du commerce français dans l'Afrique Barbaresque (1560-1793)*, Paris, 1903. Los intereses económicos ocupan un lugar importante en la actividad de la diplomacia francesa; sin embargo, ni una sola de las guerras de Luis XIV, excepción hecha de las expediciones contra los berberiscos, parece haber sido sostenida por un motivo económico. Luis XIV habría atacado á Holanda aun sin la rivalidad comercial. Inglaterra y las Provincias Unidas eran Estados capaces de guerrear por cuestiones comerciales; Francia no. Holanda y aun Inglaterra necesitaban más que Francia del gran comercio para vivir, y su constitución política y social daba un poder á los comerciantes; en Francia, en cambio, éstos no tenían sitios en donde hablar y los hijos de negociantes ricos compraban una magistratura y bajo la toga olvidaban la tienda. — Por lo demás, valdría la pena de estudiar, mejor de lo que hasta ahora se ha hecho, la política comercial difundida por Colbert en todo el mundo. La historia económica de Europa del siglo XVII dista mucho de ser conocida; de aquí que siga siendo superficial el conocimiento de la historia política y de las guerras durante aquel período.

(1) Véase pág. 34.

no sólo no había descuidado su interés particular, sino que, además, sus pretensiones fueron grandes, puesto que pidió la Alsacia; pero sus ministros habían sabido «asentar sobre varias experiencias particulares la máxima de que la grandeza de Francia era una seguridad real y sería una garantía constante de los derechos y de las libertades del Imperio contra el emperador. Una vez aceptada esa máxima y siendo recientes las injurias, los resentimientos y las envidias, de una parte, y de otra los servicios, los favores y la confianza, no es de extrañar que los alemanes no se disgustaran al ver que Francia extendía su imperio por el lado del Rhin.» Después de vencer á Austria, Francia había vencido á España; pero como ésta no tenía más amigo que el Austria, las condiciones que Francia le impuso en el tratado de los Pirineos no habían parecido exorbitantes. En suma, Francia parecía haber ayudado á sus aliados más bien que haber sido ayudada por éstos; más bien haberles servido que haberse servido de ellos. Había hecho su fortuna de la manera más galante para todo el mundo, excepto para el enemigo común, y avanzado sin ruido, «caminando por una vía encubierta,» como decía Richelieu.

Ahora bien, Luis XIV no era hombre para mantenerse «imparcial con los protestantes como con los católicos.» En realidad, no puede decirse que haya practicado nunca una política de intenciones religiosas; sus manifestaciones de rey cristianísimo contra los turcos no serán sino gestos aparatosos, de los que se disculpará por bajo mano, pues nunca olvidará que el sultán es, como él, el enemigo del emperador; y por otra parte fomentará las alianzas protestantes que tan útiles servicios habían prestado á sus antecesores. Pero, en cambio, sus repetidos enredos para lograr en los Estados protestantes la celebración pública del culto católico en los palacios de los embajadores, y la ayuda prestada á Carlos II y á Jacobo II para restaurar el catolicismo en Inglaterra, harán temer que quiera «volver á levantar los altares» en toda Europa, y seguramente si hubiese podido lo habría hecho. A aquellos actos, el protestantismo amenazado contestará con la revolución, que en Holanda derribará á de Witt, en provecho de Guillermo de Orange, y en Inglaterra destronará á Jacobo también en provecho de Guillermo.

Hombre prudente y disimulado, no le repugnaba «caminar por una vía encubierta;» mas cuando se trataba de aquella gloria «á la cual, decía, apunto siempre, como objeto principal de mis acciones,» olvidaba toda prudencia, pues quería que su gloria resplandeciese y lo quería puerilmente. Necesitaba homenajes extraordinarios, ceremonias en las cuales el adversario se humillase, y su orgullo se satisfacía con vanidades que le hicieron más execrable acaso que sus mismas violencias (2).

Dos cabezas había en la cristiandad por encima de la suya, la del papa y la del emperador; ni á la una ni á la otra podía negarles una primacía de honor, pero no ocultaba que con ello sentíase vejado. Recomienda á su hijo que no se deje imponer por los pomposos nombres «de Imperio romano, de César, de Majestad Cesárea,» título este último que le parece propio para hacer

(2) Véase pág. 59.

reír á la gente, y refiere á su modo, que es un modo falso, la historia del Imperio, haciéndose pasar por el descendiente y el verdadero sucesor de Carlomagno. En aquel tiempo, dice, «nuestra casa poseía á la vez Francia, los Países Bajos, Alemania, Italia y la mejor parte de España,» y deplora que todo aquel imperio se perdiese para «nosotros» por culpa de las reparticiones

para el Imperio, hizo ver que lo ignoraba, «y hasta en los escritos públicos Su Majestad ha evitado calificarle de emperador, como si no supiera que hubiese uno en el mundo.» En una ocasión en que el emperador se tituló en un documento «cabeza del pueblo cristiano,» *christiani populi caput*, y «landgrave de Alsacia, conde de Ferrette,» el rey le obligó á renunciar á los dos últi-



Juan de Witt. Facsimile reducido de un grabado de Jan Vischer

entre hijos de Francia y por la emancipación de la rama reinante en Alemania. Después de haber exaltado el Imperio, de pronto lo rebaja. ¿Qué es un emperador? Un electivo cuya elección está deshonrada por intrigas y por la necesidad de aceptar las condiciones que á los electores les place inventar; ser emperador es, en sí mismo, no ser nada, porque si el emperador no poseyese personalmente señoríos hereditarios, sólo sería soberano en «imaginación» Hereditarios son, en cambio, los reyes de Francia, «quienes pueden jactarse de que no hay en el mundo, sin excepción, mejor dinastía que la suya, ni mayor poder, ni autoridad más absoluta.» Luis XIV se fija mucho en los procedimientos del protocolo imperial en lo que personalmente le afecta; así, habiendo Leopoldo tardado en notificarle su elección

mos títulos, que, desde la paz de Westfalia tenía él derecho á reivindicar para sí propio; y en cuanto al primero, ese «título fastuoso,» le parece «un rasgo de vanidad ridícula.» Y esto no obstante, Mazarino había pensado en proporcionarle ese título, que más adelante él mismo deseará. Sus juicios acerca del Imperio se parecen mucho al de la zorra respecto de las uvas que no puede alcanzar.

También la superioridad del papa desagradó á Luis XIV, quien no desperdicia una ocasión de celebrar el poderío del rey cristianísimo en la cristiandad.

«Su Majestad no se halla, á Dios gracias, en la misma necesidad que la mayoría de los demás príncipes y reyes, quienes sufren en sus intereses grandísimos perjuicios cuando la corte de Roma no les es favorable.

Francia puede prescindir de ese favor mucho mejor que los papas del afecto y del respeto del rey y de su reino, el cual, en todo tiempo y muy especialmente en el actual, es indiscutiblemente el principal polo en torno del que giran todos los intereses de la cristiandad y de todos sus príncipes.»

Esa declaración está en una instrucción dada en 1662, «para caso de cónclave,» al duque de Crequi embajador en Roma. El rey aparenta indiferencia respecto de la elección, cuya dirección quiere dejar, dice, «al Espíritu Santo;» pero bien sabe que un cónclave no busca su inspiración tan en lo alto: «Es evidente que las dos terceras partes del colegio no tienen en consideración más que su propio interés ó su pasión particular á favorecer á aquel de quien mayor bien esperan.» Luis XIV tenía sobre el papa, lo mismo que sobre el emperador, la ventaja de que su dignidad procedía de la gracia de Dios, sin intermediarios corruptibles; nadie lo había elegido más que Dios, de tiempo inmemorial.

Ajustadas de este modo las cuentas al papa y al emperador, el rey de Francia se reconoce sin par en la cristiandad; su corona es «la primera;» él es «el primero de los reyes, que puede dar el ejemplo á los demás y no está obligado á seguir el de los otros, si no quiere.» Es también «el primer móvil de todos los Estados cristianos,» y en su consecuencia no sufre que su nombre vaya unido al de otro rey en las fórmulas como: «Sus Majestades los reyes de...» porque de ello pudiera deducirse «una igualdad que no existe.» Sus embajadores son mensajeros de orgullo; así, el duque de Crequi tiene orden de hacer resplandecer en aquel lugar de Roma, «el más expuesto á la vista de todas las demás naciones...» la grandeza y la fuerza de la primera corona de la cristiandad. Y para enseñar á toda Europa el respeto debido á sus representantes, Luis XIV, en los primeros años de su gobierno, dará repetidas y duras lecciones al rey de España y al papa.

Parece que con los príncipes modestos habría podido, sin mengua de su dignidad, no prevalerse tanto de «las prerrogativas de su corona,» y en efecto tuvo á bien, en una ocasión, continuar una negociación con el elector de Brandeburgo, á pesar de haberse éste negado á prometer «la mano derecha» al ministro que él quería enviarle; como el tratado que proyectaba había de serle ventajoso, recurrió al expediente de enviar á Berlín un agente de menor categoría que no podía aspirar á aquella mano. Pero luego aparenta disculparse con su hijo de aquella condescendencia, diciendo: «Quizás es conveniente, á la altura en que nos hallamos, despreciar por motivos nobles lo que por debajo de nosotros sucede;» ó bien se jacta de ello como de un acto magnánimo: «Hay pocas cosas que puedan resistir al que puede vencerse á sí mismo.» Cuenta entre sus aliados al gran duque de Toscana, cuyo hijo se ha casado con una princesa de la sangre; pero ello no le impide prohibir al duque de Crequi que pase por Florencia, puesto que los príncipes de Italia han «usurpado á sus embajadores el honor de la mano derecha que tenían costumbre de darles,» y «desde que Su Majestad se ha hecho exclusivamente cargo de la dirección de su Estado, cuéstate trabajo tolerar la continuación de un abuso que, de algunos años á esta parte, se ha introducido en perjuicio de la dignidad de esta corona.» Deci-

dió que la «patrona» de sus galeras y sus buques almirantes serían los primeros saludados en puertos no pertenecientes á testas coronadas, cuando antes «el mar solía saludar primero á la tierra.» Saboya, Génova, Florencia y Malta reclamaron, y el rey dió satisfacción á Génova y á Saboya, pero no á Toscana, cuyo gran duque «se sometió, aunque con gran disgusto y siempre protestando.»

Los embajadores del duque de Saboya gozaban del privilegio de ser tratados en muchas cortes por sus colegas de Francia con los honores debidos á representantes de personas reales, privilegio que aún no les había sido reconocido en Roma cuando fué enviado allí el duque de Crequi; éste recibió la orden de tratar al embajador de Saboya como á los demás príncipes, no dándole la mano en su casa, «no tocando la campana cuando fuese por él visitado.» Y debió comprender el rey que ese trato sería desagradable al duque de Saboya, desde el momento en que le comunicó la determinación tomada á fin de que pudiera retirar su embajador de Roma antes de la llegada del Sr. Crequi.

En la corte de Turín, la embajadora de Francia, hasta la muerte de la madre y de la primera esposa de Carlos Manuel II, se había contentado con el honor del taburete, lo que se explicaba porque siendo la madre, Cristina de Francia, hermana de Luis XIII y por ende hija de rey, y la primera esposa, Francisca, hija de Gastón de Orleans y, por consiguiente, nieta de rey, nunca podía estimarse «excesivo el honor» que á una y á otra tributasen los embajadores franceses. Pero la duquesa Cristina murió en 1663 y la duquesa Francisca al año siguiente, y en 1665 Carlos Manuel se casó con María Saboya de Nemours que no era de sangre real; entonces el embajador de Francia hizo saber que, «habiendo cambiado las cosas, era justo que la duquesa diese un sillón á la embajadora.» Admiróse el duque de tal pretensión, porque entendía «que el honor dispensado á su madre, no era sólo por la dinastía de la cual había salido, sino también por la en que había entrado,» es decir, que la casa de Saboya algo significaba en Saboya. La corte de Francia insistió, resistióse la de Saboya, y al fin se transigió el asunto, conviniendo en que la embajadora tendría derecho á silla con respaldo, y quedando la duquesa «muy ofendida.»

Los genoveses eran una potencia decaída, pero recordaban su pasada grandeza y habían imaginado un medio para procurarse en el Louvre honores que no les eran debidos; este medio consistía en que su embajador pidiese audiencia para el mismo día que un embajador de rey y se arreglase de modo que entrara en el castillo inmediatamente después que su colega, con lo cual parecía que la guardia y el tambor le saludaban á él también. Pero el rey prohibió que tal cosa se hiciese y de esta suerte hizo abortar el propósito de los genoveses de usurpar en su corte el tratamiento real.

Desde la «altura» en que se hallaba, contemplaba el rey de Francia la jerarquía descendente de los reyes, de los príncipes reinantes, de los electores, de los grandes duques y de los duques, y parecía presidir una corte de monarcas como presidía la suya, siendo el ordenador de la cristiandad. Por lo demás, razón tenía para considerarse superior á todos los príncipes y á todos los reyes; en efecto, ¿qué era á su lado el emperador, viejo

á los veinte años, de semblante triste, músico melancólico, inteligencia mediocre y ánimo débil?, y aquel rey de España, enfermo, padre de moribundos, ídolo de cuyos labios no salían más que monosílabos?, y aquel rey de Inglaterra que se vendía ó alquilaba? Y si las personas de éstos no podían compararse con su persona, tampoco sus Estados podían ser comparados con los suyos: él tenía dinero abundante y los demás no, y el que tiene dinero es el amo del mundo. «Poniendo en una balanza, escribía á un embajador, el reino más grande que se quisiera comprar, pondría, sin embargo, en otra tanto dinero que ésta fuese capaz, no sólo de contrabalancear, sino también de vencer el peso con ventaja.» En ninguna parte veía á nadie que pudiera detenerle si algún día se decidía á ponerse en marcha; desconocía las fuerzas morales que entrañaban Holanda é Inglaterra y admitía errores enormes como el de creer, porque así le convenía, que Inglaterra pudiese volver á la religión romana. Tal vez si los trastornos ocurridos durante su menor edad hubiesen sido más serios, hijos de causas más profundas, habría aprendido á reconocer, respetar y temer esa clase de potencias; pero no había tenido que habérselas más que con la Fronza, intriga de escasa importancia que había acabado prosternándose todos á sus pies. Vencedor de sus súbditos como de sus enemigos, feliz, soberbio, creyóse nacido para demostrar, como él mismo dijo, que había «aún en el mundo un rey.» Un día reveló el convencimiento que tenía de ser un gran actor en el escenario de la humanidad con esta frase: «No basta poseer una corona; es preciso saber llevarla.» Era capaz de resolverse á una acción pensando en la nobleza del gesto que la acompañara; así refiere que en 1667, cuando estaba en guerra con los ingleses y á punto de estarlo con los españoles, resolvió enviar al través de Alemania un ejército mandado por Condé, á quien quería hacer elegir rey de Polonia, y después de haber expuesto las razones que á ello le indujeron, terminó diciendo: «Pero, en honor de la verdad, la consideración que más me halagaba era que raras veces se presenta la ocasión de regalar una corona y asegurarla á Francia.»

Así pues, en vano se mostrará Luis XIV prudente y precavido, procurará no empeñar partida alguna sin contar previamente con los triunfos necesarios, será un político tan pérfido como los demás y sabrá mentir casi siempre con soberbio acento de autoridad; más poderosos que su prudencia y su perfidia serán su amor á la gloria y su orgullo por figurar. Y desde el primer momento advertirá á Europa que la política de Francia, hábil y moderada hasta entonces, se ha hecho temible para todos y que al peligro de la dominación española ha sucedido el peligro de la dominación francesa.

CAPÍTULO II

LA FUERZA MILITAR

I. El ejército. — II. La marina

I. — El ejército (1)

El rey de Francia, á pesar de guerrear casi continuamente desde hacía siglos, carecía de un ejército organi-

(1) FUENTES: Briquet, *Code militaire*, París, 1728, 3 vol. *Mémoires du Conseil de 1661*, *Oeuvres de Louis XIV*, *Mémoi-*

zados. Las únicas tropas permanentes eran la «Casa del Rey» y los «Gendarmes» y algunos regimientos de infantería. La venalidad se había introducido en los cargos militares y los coroneles y capitanes compraban y vendían sus patentes. En tiempo de guerra, cuando las tropas regulares no eran suficientes, el rey expedía comisiones de capitanes y coroneles. Los oficiales reclutaban, por el sistema de enganche, compañías que eran agrupadas en regimientos, y mediante una prima por cada recluta y un sueldo, que pagaba el rey, equipaban y mantenían á sus hombres; una vez hecha la paz, los regimientos de más, formados de esta suerte, eran licenciados, y aun en tiempo de guerra, cada invierno, mientras se suspendían las operaciones, las tropas se desbandaban. Durante el invierno de 1654, Turena habría querido que cada capitán conservase á lo menos una veintena de hombres, pero no pudo conseguirlo.

Los coroneles y los capitanes tomaban la guerra como una especulación, arrendándola, como los asentistas arrendaban los arbitrios, y muchos de ellos sacaban del capital el mejor partido que podían, explotando al rey y al soldado. Reclutaban á precios reducidos niños y enfermos; defraudaban sobre la cifra del efectivo, poniendo en filas, y para ocultar la mentira, en los días de revista, soldados fingidos, y defraudaban también en la alimentación y manutención del soldado. Estos abusos á nadie asombraban, y aun el mismo Mazarino los había estimulado, pidiendo á los generales que economizasen sobre la soldada en provecho del tesoro: «De todo corazón os ruego, escribía á Turena en 1649, que ahorréis todo cuanto podáis en la cantidad y en el tiempo de los pagos.» Del mismo modo hacía la vista gorda en el asunto de los soldados de ocasión: «El señor cardenal, escribía en 1668 el mariscal de Bellefonds á Louvois, de tal manera ha autoriza-

res de Luis XIV pour l'instruction du Dauphin, citadas en la pág. 255. *Lettres de Turena*, publicadas por Grimoard, París, 1782, 2 vol. *Correspondance inédite de Turena avec Mr. Le Tellier et Louvois*, publicada por Barthélemy, París, 1873. *Le Relazioni degli stati Europei lette al senato dagli ambasciatori veneziani al secolo XVII*, serie Francia, vol. III, pub. por Barozzi y Berchet, Venecia, 1865. Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*, ed. Bourgeois, en los «Annales de l'Université de Lyon,» 1900. Todas las memorias de la época, especialmente las de TURENA, del mariscal de GRAMONT, del conde de GUICHE, en la colección Michaud y Poujoulat; de COLIGNY-SALIGNY y de SAINT-HILAIRE, pub. por la «Société de l'Hist. de France;» de SAINT-SIMON, ed. de Boislisle (colección de los «Grands Ecrivains.»)

OBRRAS: El P. Daniel, *Histoire de la milice française*, París, 1721, 2 vol. Pinard, *Chronologie historique militaire*, París, 1760-68, 8 vol. (índice de esa obra por Lecestre en «Le biographe moderne;» 1903-04). Le Pippre de Neufville, *Abrégé chronologique et historique... de la maison du roi*, Lieja, 1734-5, 3 vol. La introducción á las *Oeuvres de Louis XIV*, citadas anteriormente, por Grimoard. Audouin, *Histoire de l'administration de la guerre*, París, 1811, 4 vol. André, *Michel Le Tellier et l'organisation de l'armée monarchique*, París, 1906. Rousset, *Histoire de Louvois*, 7.^a ed., 4 vol., París, 1866. Roy, *Turena, sa vie, les institutions militaires de son temps*, 2.^a ed., París, 1896. Suzanne, *Histoire de l'infanterie française*, París, 1876, 5 vol.; del mismo autor, *Histoire de la cavalerie*, París, 1874, 3 vol., é *Histoire de l'artillerie*, París, 1874. Favé, *Etudes sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, París, 1846-72, 6 vol. Fieffé, *Histoire des troupes étrangères au service de la France*, París, 1854, 2 vol. Augoyat, *Aperçu historique sur les fortifications et les ingénieurs*, París, 1858. Bourelly, *Le maréchal Favert*, París 1881, 2 vol. Michel, *Histoire de Vauban*, París, 1866.